

al encuentro de un oso blanco que se veía á lo lejos, ocupado en la caza de las focas.

Después de haber apurado una botella de ron, armado de acerado tridente, bajó del buque, sin escuchar las amonestaciones y avisos de sus compañeros. Atravesó los hielos, los *hummocks*; y tras una marcha de media hora, rendido y fatigado, y ya no tan belicoso, llegó cerca de su enemigo, que sin intimidarse le esperaba en actitud de lucha.

El valor del marinero se había, en gran parte, desvanecido; los vapores del ron se habían disipado también; ¡el oso era tan grande! ¡miraba de una manera tan amenazadora! El marinero, arrepentido ya, se trocó de agresor en agredido, y se preparó para la defensa.

El oso no se movía; en balde nuestro marinero, para alentarse, imaginaba las burlas y rechiflas de sus compañeros: el valor es prenda que no se recobra fácilmente.

De repente el oso hizo un movimiento como para lanzarse sobre su adversario.

La última ráfaga del valor del marinero se extinguió, y, pies para qué os quiero, emprendió vergonzosa fuga.

Entonces empezó el verdadero peligro. El oso persiguió al marinero; y, avezado á deslizarse y correr sobre el hielo, ganaba terreno y se hallaba ya próximo á alcanzar al marinero, cuando éste, en el paroxismo del terror, dejó caer el harpón al suelo y aceleró la carrera.

Por fortuna, el oso se paró, examinando el harpón, lo olfateó, le dió vueltas entre sus patas y lo mordió. Aprovechó esta tregua el fugitivo; pero, al fin, el oso dejó el harpón, y siguió de nuevo las huellas del marinero.

Al ver cerca á la fiera, el hombre dejó caer una prenda de su traje, artificio que logró la fortuna de detener de nuevo al oso.

Prolongóse esta escena de persecución, repitiéndose las paradas, merced á las prendas de que se despojó el marinero, y que eran desgarradas con furor por el oso; hasta que, rendido y jadeante de fatiga, llegó cerca de sus compañeros, que, armados hasta los dientes, cubrieron su retirada.

Ya era hora: el pobre cayó al suelo exánime. Los marineros dispararon contra el oso, que, herido, y ante el número de enemigos, juzgó prudente emprender la retirada.

La fiera, en breve, desapareció entre las espesas brumas, y los marineros no osaron perseguirla.

Muchos naturalistas afirman que los osos adultos y

las hembras jóvenes del polo no dormitan en invierno, sino que ruedan sin cesar.

Durante el invierno, los esquimales cazan el oso blanco.

El amor materno hállase prodigiosamente desarrollado en las osas del polo. Enseñan á sus pequeñuelos á nadar y á coger peces.

Los balleneros y los viajeros y exploradores de Groenlandia nos refieren curiosos detalles acerca del amor maternal de las osas del polo.

Scoresby cuenta que una osa con dos pequeñuelos fué perseguida entre los témpanos por varios marineros. Al emprender la fuga, excitaba á sus hijuelos á acelerar la marcha, lanzando gemidos; pero, viendo que los enemigos se acercaban, con todas sus fuerzas logró empujar á los oseznos, y escapar de sus perseguidores.

Otra hembra, sorprendida por los tripulantes del *Kane*, y acosada por los perros, huía, llevando apretados contra su pecho, y agarrados con los dientes, á sus pequeñuelos. Muerta la fiera, los oseznos, subidos sobre el cadáver de la madre, hicieron frente á los cazadores hasta que cayeron muertos por una bala.

Los tripulantes del buque *La Carcasse*, refieren que, mientras el buque estuvo aprisionado entre hielos, los vigías señalaron á tres osos, que se dirigían hacia el buque, sin duda atraídos por el olor del pescado frito por los marineros sobre los témpanos de hielo.

Era una osa seguida de dos oseznos, ya crecidos, y casi tan fuertes como su madre.

La tripulación, desde el buque, vió á la osa y sus hijuelos lanzarse sobre la hoguera, y coger parte del botín. Dispararon, y, uno tras otro, mataron á los oseznos é hirieron á la osa.

Entonces ocurrió una escena indescriptible: la osa, lanzando horribles rugidos, corría de uno á otro de los cadáveres de sus hijuelos, tocándolos, examinándolos, lamiendo sus rojas heridas; y, sólo cuando se convenció de que estaban muertos, se alejó, dando señales de inmensa desesperación. Una bala, certeramente dirigida, dejó también sin vida á la madre.

III

La caza del oso blanco ó polar, es, según queda apuntado, muy peligrosa.

Los esquimales, los jakutas, y los samoyedos, cons-

truyen garitas de madera, donde se refugian para aguardar al oso.

Seemann describe el siguiente artificio usado en aquellas regiones para cazar el oso blanco.

Consiste en un pedazo de ballena, unido por las puntas, de 60 centímetros de largo y 10 de ancho, cubierto de grasa helada. Lanzan, á guisa de flecha, al oso, aquel cebo, y huyen.

La fiera lo olfatea, le seduce el olor y lo traga, ha-

llando segura muerte. El calor funde la grasa, y la ballena, al dilatarse, destruye el estómago del oso.

Los europeos emplean en la caza del oso otros artificios que los esquimales; pero, á despecho de las armas de fuego, no siempre salen vencedores de la lucha.

Una de las cazas más características de aquellas regiones es la de coger á las osas junto con sus crías.

Sepultadas entre la nieve con sus crías, permanecen



Los oseznos, subidos sobre el cadáver de la madre, hacen frente á los tripulantes del *Kane*

las osas en cautiverio, hasta que el Sol, derritiendo la nieve, les abre el paso.

Los indios del norte y los esquimales cogen, todos los años, en sus guaridas de invierno, centenares de osos con sus crías.

Áquellos indígenas descubren los retiros de las alimañas, unas veces valiéndose de los perros, que aran y escarban el suelo, cubierto de nieve; otras guiados por su pericia é instinto de cazadores, que les hace descubrir pequeñas hendiduras entre el hielo, por donde respira el animal.

Cuando los cazadores han observado el sitio donde

dormita aletargado el oso con sus hijuelos, entonces rompen el hielo y matan á la fiera á lanzadas, ó bien abren una especie de paso ó túnel entre la nieve, y, merced á un nudo corredizo echado á su cuello, ó á una de sus patas, le sacan fuera.

Locura insigne es dirigirse solo á la caza del oso blanco, por esforzado y valiente que se sea. La fiera tiene la vida dura, y se defiende, con temeridad y hasta el último extremo.

Abundan los ejemplos de dolorosos accidentes y desgracias ocurridos en la caza del oso blanco; y más de una vez se ha visto al oso, herido, arrebatar á uno

de sus adversarios. El capitán de una nave, que perseguía, en una canoa de muy buenas condiciones, al oso, que huía á nado, alcanzólo al fin, y, al retirar el chuzo, que tres veces había sepultado en el cuerpo de su enemigo, cayó de la lancha, y fueron necesarios los esfuerzos de la tripulación para salvarle.

El oso, herido, no se deja amilanar fácilmente, y se dirige derecho hacia su enemigo, ávida de tomar venganza.

Unos marineros, desde una canoa, hicieron fuego á un oso que se hallaba sobre un témpano. Una de las balas tocó á la fiera, que, furiosa, saltó al agua, nadando en dirección á la canoa, la que pretendió asaltar. Merced á un vigoroso hachazo, le cortaron una pata, pero fué erbalde, porque el oso siguió al barquichuelo, que, á fuerza de remos, se dirigió hacia la nave; y, en el momento de saltar á la lancha, la fiera fué muerta á balazos.

El oso teme á los perros, estas semiferas avezadas á los rudos elementos del polo, que combaten con brío con aquel huésped de los hielos. Los perros de los esquimales semejan al lobo ártico por su pelaje abundante, rudo, sus orejas derechas y su hocico puntiagudo.

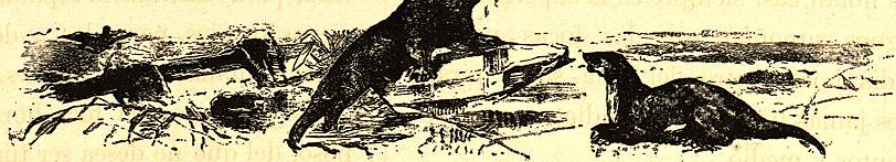
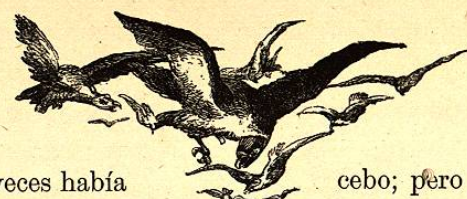
El oso blanco tiene aversión al humo, al fuego y á las detonaciones. El sonido de la trompeta sacude sus nervios, y generalmente le pone en fuga.

Empresa difícil es aprisionar vivo á un animal de la fortaleza, y á la vez prudencia, del oso.

El capitán de un ballenero,—refiere tambien Scoresby,—anhelaba poseer una piel de oso blanco bien entera, y para lograrlo era forzoso cazar á la fiera sin hacer uso de las armas de fuego.

Colocó sobre el hielo una cuerda con un nudo corredizo, y por cebo un pedazo de grasa de ballena.

Un oso que rodaba por los témpanos de los alrededores, atraído, sin duda, por el olor, vió el cebo, pero notó también el nudo corredizo, que envolvía una de sus patas. Con otra de las libres,



se desembarazó, y se llevó el cebo, que comió sosegadamente en sitio más seguro.

El capitán colocó un segundo cebo; pero esta vez el prudente oso se llevó la grasa, evitando el lazo.

Tenaz y furioso el capitán, hizo una tercera tentativa, ocultando la cuerda bajo la nieve; pero resultó también infructuosa.

Finalmente, se abrió un agujero, y dentro de él se colocaron un cebo y el lazo, dispuestos de suerte que el oso tuviese que meter la cabeza en el orificio; tarea inútil, pues el oso, ducho y desconfiado, olfateó el sitio, rascó la nieve del suelo, puso al descubierto la cuerda, y arrebató el cebo, sin dar en la trampa.

Los oseznos polares son también desconfiados, y arteros. Refiere también Scoresby que una osa polar llegó junto á su nave, donde fué muerta á balazos.

Los dos oseznos fueron cogidos vivos, y diferentes veces trataron de escapar escurriéndose entre los nudos que les aprisionaban, y valiéndose de los más ingeniosos y arteros medios.

Pocos europeos enderezan su paso al polo sólo para cazar osos blancos. Tarea es esta propia de los indígenas de aquellas regiones, ó bien de los exploradores y viajeros audaces.

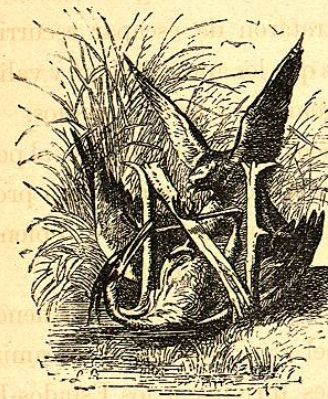
Pero si alguno de nuestros lectores tiene deseo de batirse con el *ursus maritimus*, el camino menos incómodo es dirigirse á los Estados-Unidos de América, remontar el Missisipi, llegar por tierra hasta el lago Superior, y de allí ganar la factoría de York, y, más al norte, el fuerte de Churchill.

En aquellas regiones, cubiertas casi todo el año por la nieve y el hielo, vagan grandes osos blancos ó polares.

Los cazadores de osos han de ir armados de chuzos ó lanzas de aguda punta y fuerte temple, y fusiles de doble tiro, de gran precisión, cargados con balas cónicas. El traje ha de ser apropiado á un clima inclemente y riguroso, y son indispensables las bebidas alcohólicas.

CAPITULO XI

LA CAZA DE LAS FOCAS



o abandonemos aún las zonas glaciales, habitadas por el *ursus maritimus*, sin decir algo de la caza de las focas.

La foca habita en los mares del norte de

Europa, de Asia y América, y se la encuentra también en el Océano Glacial y en la parte norte del Grande Océano. No se muestra muy aficionada al interior de la tierra, y permanece sobre masas de hielo flotante.

Todas las focas habitan junto á las costas, y sólo las de Groenlandia son las que se alejan más de tierra.

Las focas, al abordar las costas, buscan los sitios solitarios y desiertos. El marino, al hallar en aquellos procelosos mares alguna foca, puede estar seguro de que dista, á lo sumo, 30 millas del continente.

Sumergidas en el agua, se mueven, agitan y corren, nadando á maravilla; y se sirven de sus patas delanteras á guisa de las aletas de los peces. No permanecen largo tiempo sumergidas en el agua; y cuando no se ven perseguidas flotan casi siempre en la superficie del mar. Los antiguos suponían que las focas podían permanecer media hora dentro del agua, sin respirar: es un error, pues jamás he visto que pudieran estar en él más de 5 minutos y medio.

Los habitantes de la Groenlandia, que conocen perfectamente todas las costumbres de las focas, adivinan, por la posición en que estos animales aparecen en el agua, si es ó no ocasión propicia de cazarlos.

Cuando la foca nada con la cabeza levantada, agita sus patas delanteras, y se sumerge con ruido, es indudable que *va de caza*, y persigue peces, y es fácil el cazarla, lo mismo que cuando juguetea, nadando descuidadamente de espaldas.

Las focas permanecen días, y aun semanas enteras, en el mar. Cuando salen del agua, buscan el reposo, y duermen en la playa.

La marcha de las focas deja huellas características en la arena; pues, sirviéndose de las patas delanteras, se apoyan sobre ellas, lanzando su cuerpo hacia adelante. Su carrera es rápida, á despecho de su apariencia pesada, y un hombre á la carrera á duras penas puede alcanzar á una foca.

Una foca entregada al reposo ofrece la imagen acabada de la pereza. Cuando el Sol luce, se tiende, y permanece inmóvil en la playa, cambiando á ratos de postura, para calentar la espalda, lados ó vientre. Abre y cierra los ojos, parpadea, y de tiempo en tiempo dilata las ventanas de las narices, ó abre las orejas.

Así permanece la foca horas enteras en beatífico reposo, del que no desea ser turbada; y es necesario que